

La mujer asombrada y el pueblo creyente

«Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo:

“Me dijo todo lo que he hecho”». Juan 4:39

En Juan 4: 8 al 42 se presenta a una persona asombrada de que un desconocido la conociera tan bien. Le pareció extraño, pero las palabras movieron su corazón y tuvo la certeza de que esa persona era Alguien especial. Había prejuicios y temores; pero ella, movida por su necesidad de suplir la sed de su casa, se levantó para obtener a cambio una frescura de palabras que brotaban sin reprocharle nada, dándole la esperanza de tener una nueva oportunidad en su vida.

Ella sabía que tenía que hacer un cambio en su vida, y Jesús estaba allí para orientarle por dónde comenzar. Muy agradecida, corrió a invitar a otros para que también fueran cambiados. ¿Qué hizo esta mujer? Se portó cortésmente y compartió su agua, escuchó con atención lo que le decía el extraño y salió corriendo a la ciudad para compartir la noticia de que ese hombre la había ayudado, y estaba segura de que ayudaría a los demás. No se quedó callada, pues este desconocido era diferente a las personas del pueblo que criticaban su conducta y la juzgaban sin saber sus razones.

Además, al escuchar las palabras de Jesús, todos estuvieron de acuerdo en que fue un gran hallazgo, no creían solo por lo que ella había dicho, sino que lo comprobaron por ellos mismos. Al leer este asombroso encuentro, nos damos cuenta de que una simple mujer asombrada, no famosa ni rica, sino llena de grandes necesidades, cambió por

completo su vida al encontrarse con Jesús, y su testificación ayudó a otros del pueblo a ser mejores también.

Una simple mujer dio testimonio y se convirtió en evangelizadora al transformar sus hábitos y prácticas en un solo encuentro con Jesús. ¿Dónde te encuentras tú ahora? ¿Qué necesitas cambiar para llamar a otros a encontrarse con Jesús? La mujer samaritana es conocida y mencionada, pero no tanto por su vida llena de acompañantes pasajeros, sino por dar a conocer al forastero que se sentó a hablar y llenar su vacío corazón con palabras de ánimo y esperanza para cambiar su actuar.

Aquella fue una experiencia muy reconfortante para todos, pues pensaron: «Si es bueno para ella, también lo será para nosotros», y salieron a buscar al extranjero.

No hay nada mejor que evangelizar con el ejemplo. Cuando los demás vean en ti un cambio de prácticas y costumbres, tus palabras harán eco en los demás: «Vengan a ver a este hombre que me dijo...».

Donde te encuentres —en la casa, en la calle, en el campo o en la ciudad—, puedes anunciar a otros que Jesús ha llegado a tu vida y está dispuesto para ayudarles a ellos también.

¿Estás listo para compartir las buenas noticias de Jesús? ¡Ve y comparte tu experiencia!

*Esther Fley,
Union Centroamericana Sur.*